

proyecto tardaría mucho tiempo, porque Sandoz, actual sin quererlo, era un carácter perezoso. Además, carecía de la fe necesaria para llevar a cabo un plan cualquiera.

Leonardo Cruz escuchó la disertación sin perder una palabra. Varias veces interrogado sobre el asunto, contestó con encogimientos de hombro. Más huraño que de costumbre, parecía tener la cara alargada bajo la palidez habitual y la barba negra y poco abundante, revuelta por la nerviosidad, le daba un aspecto de ira.

Familiarizados con él, en poco tiempo, desconfiaban, a pesar de todo. Sus juicios, por lo común contrarios a las teorías sostenidas con ahinco tan bravo, turbaban a los miembros de la logia. Pero sabían que Cruz era sincero y su temor consistía únicamente en no poder refutar sus opiniones, que según su propia afirmación, tenían la originalidad de basarse en el buen sentido.

— Un hombre sensato — decía — es tan raro en estos tiempos como un hombre de genio. Por otra parte, no hay persona de mediana capacidad que no se crea destinada a constituir el eje de la historia.

Sandoz mostróse insistente y Pedro Domínguez, jefe del grupo, se asoció al pedido de todos. Obligado a hablar después de largos requerimientos, Leonardo Cruz preguntó al escultor si consideraba a los cristianos los únicos héroes. Como contestara afirmativamente, lo refutó de esta manera:

— La historia minuciosa del cristianismo ha demostrado que es la religión más perdurable por la abundancia de los episodios legendarios en su origen. No es extraño que el fervor de una fe nueva conduzca al circo romano los mártires cuya muerte indescriptible halla en sus rostros apretados por las patas de las fieras, un signo de alegría tranquila.

Más asombra la resistencia de los hebreos en Alejandría. Ocupaban dos barrios de los cinco que formaban la ciudad. Los judíos eran ricos. Sus templos se llenaban de creyentes en la mañana de los sábados y los egipcios presenciaban espectáculos de inusitado esplendor. Sus escuelas eran célebres. Alejandría era enton-